

“La Semana Alegre” (Futuro de las posadas)¹

Dentro de pocos días liquidará el siglo de las luces, de las trementinas, espermas, aceites, petróleos, gases, gasolinas, acetilenos e incandescente, y yo no quiero que se hundan en la sombra algunos recuerdos personales; humildes parafinas que alumbraron mi pasado.

Me parece que lo estoy mirando: los cursis de la próxima centuria van a declarar indigna de personas cultas la celebración de las posadas y otras amenidades entrapélicas de las que antaño se verificaban en el seno de la más franca cordialidad. Y por asociación anónima de ideas, urge en mi memoria el exquisito amigo Chopernea, el idóneo organizador de reuniones familiares.

Desde octubre —dejando pendientes tras comunicaciones, cuatro informes y treinta minutas—, hacía por orden alfabético y con su mejor letra inglesa, la lista de sus amigos y conocidos para decretar frente a un “ron con goma” en la catrina, un impuesto amistoso de repartición al efecto de celebrar debidamente las jornadas con música de cuerda y otros excesos. Irían como artistas: dos flautas; el sordito que escribe crónicas teatrales en el “Lunes Literario”, como bastonero; Aguado; las Martínez, Rubio y Blanco, las Alpiste, las Tejedor, las Bugambilias, las Pérez Tieso, las Escamonea, y una ventana de madres y tías flacas y biliosas unas gordas y dormilonas las demás.

No sé que me vieron a mí en lo físico, pero el caso es que desde un principio y por unanimidad, se me nombró para elegir, tratar con regateo, comprar, cebar, conducir y colgar la piñata en el patio convertido en capilla ardiente, con banderitas, faroles, guirnaldas, heno y otros decorativos prestados por el presidente de un círculo de matanceros.

Pues señor, que desfilaba “El Misterio”, que de veras lo constituían un San José con sombrero de bola, un pollino, que le sacaba tres cuerpos al Patriarca, una virgen en miniatura cargando a un niño malogrado y, estirando a la cabalgadura un querube, serafín o cera por el estilo que por el plumaje de la cabeza y otras prendas de vestir, parecía un coracero alemán envuelto en una toalla de baño de fantasía: todo en barro del país.

Pedían la posada desde el dueño hasta la friegaplatos, y la daban, Hermosa, que estudiaba para tenor, y las 3 niñas Rosette, que eran sucesivamente tiple, soprano de fuerza y contralto por amabilidad y condescendencia.

Y llegaba el supremo instante.

¹ Angel de Campo “TICK-TACK, “Futuro de las posadas”, en El Imparcial, 16 de diciembre de 1900

—Orden, jóvenes y ancianos; favor de sentarse para repartir los juguetes, en el concepto de que si alguien, como hizo anoche Medrano, mete mano a la charola y arrebatata, será expulsado.

En bancos de maceta, cubetas de albañil, sillas surtidas y peldaños de escalera se iban acomodando y circulaban barrilitos de cartón, platos de vidrio, sercicitos de porcelana, cabezas de niño y otras tarugadas llenas de colación de la clase media.

Pelaban las señoras graves sus cacahuates puestos en las faldas; los caballeros de edad hacían memoria de sus mocedades, y el que habla, en mangas de camisa por mayor comodidad, dictaba sus órdenes para colgar la piñata que lo era una novia de papel de china con vientre de ama de llaves.

—Jale esa reata, ¡Otro poco!

—Se revienta.

—Pues póngala doble.

—Queda muy alta para los niños.

—Ábrala Perezcan, o lo medio matan.

Y abajo los ambiciosos, niños, criados, jóvenes estudiantes sin saco, y demás público, esperaban el momento de vendar a las señoras, por urbanidad, con el histórico pañuelo de Gallardo, capaz de marear a un almirante, tan cargado estaba de kananga farmacéutica y estimulante. Poco habían las arpas en razón de lo que era de esperarse: ellos manejaron bien el garrote para castigar a los niños, pero en aquella vez daban con pared.

Seguían Ordoñez, que en un tris estaba dejara seca a la viuda Bellida y Pepta Regla (que veía), pues generalmente daba en la olla, pero como estaba clorosis, no había novedad, hasta que el salvaje Godínez de una sola, y hasta la empuñadura, remataba la suerte.

El gran dicho: que nada hay que iguale las categorías, razas y sexos como la rotura de una olla: grandes y chicos, amas y criados, hombres y mujeres formaban un apretado grupo y tirados en tierra, arrebatando tepalcates y reuniendo el botín en un pañuelo de yerbas, en una falda, en los bolsillos, en el delantal, en el sombrero de petate.

—No pellizques, Luz.

—Pues no me tires de patadas.

—Suéltame, Rodrigo.

—Pues dame mi jícama.

—Apachurran a Ciriaco.

—¡Mis dientes!

—Aquí están, Nené creí que eran chochos.

—Me han despeinado.

—¿Para qué se mete a donde no la llaman? A su edad debe uno de acostarse temprano.

Y despeinadas, desabrochadas, con pérdida de horquillas o prendedores, con las manos pisoteadas o los pies manoseados a veces dejando un choclo en la contienda, abandonaban el puesto aquellas gentes para no llegar más que a un canelón mordido o a una naranja apachurrada.

Y en el vacío oscilaba una cabeza de cartón cubierto o un velo nupcial de papel, hecho cisco.

-Cuidado y comas cacahuates, Chole, son muy calientes y tienes que cantar en casa de los Muñoz.

—Y tú, Elena, vete con tiento, la jícama es muy fría y luego te estás quejando del pulmón.

—Dáca esa naranja, Lupe; te han prohibido los ácidos y te pones perdida de los nervios.

—¡Revuelta!

—Mande usted, Tonchita.

—Le encargo mucho a Beatriz, no la deje comer porquerías y menos tejocotes; la ponen a la muerte. Cállense, va a recitar Moreno.

Y nosotros en lo más penumbroso del patio, nos elevábamos a las dulce regiones del puro platonismo.

—¿Me das tu juguete?

—Tómalo, vida mía, tómalo con todo y anises, quisiera llenarlos de ensueños...

—¿Qué te tocó?

—Tacita, ¿y a tí?

—Puerquito, ¿Cambiamos?

—Sí, para conservar tu imagen unida a este recuerdo de una noche infame, en que me siento ebrio de vida y de pasión; ¡deja imprimir en tu mano la primera edición de mi cariño!...

—Estáte silencio. Camargo no nos quita la vista.

-Déjalo, “pa mí plín”: uno, uno solo de tu cutis de terciopelo apiñonado.

—¡Atrevido!

Y al primer soplido del pistón estalla el grito.

—Danza, muchachas, a tomar a sus parejas, pero haciendo sala.

—¿Me la das, Julieta?

—¡Sí, pero ha de ser bastoneada!

Morirán las posadas, ya no colgaré piñatas. ¡Cuánta filosofía hay en esa olla de papel!... Cuando el corazón se nos emballesta, a los cincuenta y una fracción, eso nos queda, pura filosofía, como quien dice, ¡sopa de ojo y torrejas! por falta de herramienta.

TICK-TACK